



La última visita

GUILLERMO BODNER¹

Llegó a Barcelona un fin de semana de octubre del año pasado. Venía de visita, para estar un fin de semana juntos con la familia y amigos. Me advirtió antes de venir que le tuviera preparado un vermut con biter y gin, bebida con la que celebrábamos nuestros encuentros. Creo que la costumbre comenzó hace más de medio siglo en Montevideo, en su casa de Carlos Berg.

Y así, vaso en mano, fuimos bebiendo a sorbos los hilos de nuestras conversaciones, preocupaciones y recuerdos. Su viaje no era ni más ni menos que para eso: para seguir nutriendo la amistad de tantos años. Igual que muchos otros encuentros que tuvimos en París, Hendaya y otros sitios.

En los últimos años las visitas a Hendaya eran especialmente entrañables. Estaba más cerca de Barcelona, y la belleza del País Vasco español y francés era un atractivo añadido. En la hermosa casa, con fondo y parrillero, disfrutamos de excelentes asados, vinos de ambos lados de la frontera y la alegría de continuar con conversaciones inagotables.

En su casa de Hendaya, Edmundo tenía una habitación en la planta superior, donde se encerraba a leer, meditar y escribir. Lo divertía mucho que yo hubiese bautizado ese cuarto como su «atalaya», porque desde ahí divisaba no solo el golfo de Vizcaya, sino también el horizonte infinito de su pensamiento, inquieto y creador.

Creo que su compromiso militante, si bien se basó en sólidas convicciones, tenía sus raíces más profundas en su humanidad, en sus sentimientos solidarios hacia todos aquellos que padecen injusticias, persecución, explotación o cualquier tipo de sufrimiento. Otros compañeros se referirán

1 Miembro titular de la Asociación Española de Psicoanálisis. gbodnerp@gmail.com

en este volumen al examen de su obra. Yo solo quiero destacar en esta breve nota el rasgo humano, profundamente humano de su obra creativa.

Siempre atento al mundo, la actualidad era un pretexto para profundizar en reflexiones políticas, filosóficas y literarias. En las últimas visitas, su recién estrenada condición de abuelo abrió un nuevo horizonte de intercambios. Como nos veíamos con frecuencia, nuestro envejecimiento pasaba casi desapercibido. Su sentido del humor y su entusiasmo hacían resplandecer su faceta más jovial.

Durante su visita a Barcelona se quejó alguna vez de su fatiga. Salimos a dar una vuelta por el barrio gótico y acercarnos a Santa María del Mar. Caminaba despacio, pero les echaba la culpa a sus bronquios obstruidos, a su EPOC (para los colegas médicos), que él pronunciaba acentuando de una manera exagerada la última sílaba, para dejar constancia de su formación francesa y porque así le daba un toque humorístico: él decía «époque», le costaba caminar por «su époque». Así transformaba su padecimiento en un juego de palabras significativo.

Nuestra despedida fue un «hasta pronto», como siempre, fantaseando futuros encuentros. Después vinieron las fiestas, los saludos de Navidad y de Año Nuevo y enseguida su cumpleaños y el de Assia, casi pegados. Poco después le escribí, para ver qué harían en la Semana Santa, imaginando un nuevo encuentro en Hendaya. Me contestó enseguida diciendo que le costaba planificar porque en esos días no se encontraba bien y tenía que someterse a unos exámenes médicos.

La incertidumbre del diagnóstico disparó las alarmas, y los mensajes con Assia, con sus hijas Casilda y Guiomar, con nuestros amigos comunes de Montevideo se hicieron intensos y angustiados. El contacto incesante con Daniel, con Carlos, con Omar nos permitió compartir nuestras preocupaciones y reforzar aún más, si cabe, nuestra gran amistad. De mi última conversación telefónica con Edmundo, ya hospitalizado, me queda el hilo de su voz cálida y fraterna.

Después, el desenlace, el final que nos cuesta aceptar.

Edmundo es sinónimo de amistad, de cariño, de respeto. Su relación con la palabra marcó su vida, su profesión, sus pasiones. Una palabra enfática, con pasión en el gesto, en sus manos, en su mirada, en su sonrisa.

Una palabra que sabía escuchar, que estimulaba su pensamiento vigoroso y su cultura vastísima, apenas encubierta por su notable modestia.

Escribo en presente porque sigo dialogando con él. Sigue presente en mis reflexiones, en mis reacciones emocionales ante la injusticia, la arbitrariedad, a las que él dedicó tanta inteligencia y creatividad.

Agradezco a los amigos de APU la oportunidad de dejar este testimonio de compañerismo, de admiración y de cariño. ♦

Guillermo Bodner
11 de junio de 2019